

La calle

para el miércoles 20 de febrero de 2008

Diario de un espectador

El Chato Elizondo

por miguel ángel granados chapa

Varias veces hemos leído aquí, tomadas de su columna Lo que sea de cada quien, de la Revista de la Universidad, sabrosas anécdotas y añoranzas de la vida literaria, narradas por un desenfadado Vicente Leñero Un día del año 69 o 70, Leñero (acompañado de Ignacio Solares, hoy director de la publicación donde aparece este relato) llegó tarde, tardísimo a una comida en casa de Salvador Elizondo. Por razones que no es del caso explicar ahora, el autor y su invitado se demoraron en un asunto de trabajo, de la revista Claudia que Leñero dirigía entonces. Tomaron muchas copas y aun así, o por eso, decidieron llegar muchas horas después de lo establecido a la casa Elizondo.

“Y nos pegamos al timbre. Y le gritamos desde la acera hacia su balcón:

¡Chato, chatito, aquí estamos!.

--Mejor vámonos --me contuvo. Yo necio:

--¡Ya llegué, Chato!

La comida había concluido hacía mucho tiempo, desde luego. En la sala del departamento sólo quedaban Salvador, el poeta Juan Carvajal —tan pasados de tragos como nosotros— y los restos de un cremoso pastel en la mesita de centro.

Ofrecimos disculpas. Nos sentamos a conversar tonterías. Nacho comedido, brillante. Yo empeñado en llamar a Elizondo con el apelativo que, según Ramón Zorrilla, le endilgaron en su familia cuando niño: El Chato Salvador. Y así se lo restregaba esa noche: que Chato por aquí, que Chato por allá, que mi querido Chato es el más grande escritor de nuestra generación. Hasta llegado el momento en que Elizondo se levantó de su sillón como un cohete, apagó el churro de mariguana y me enfrentó:

--¿Por qué me dices Chato, cabrón?.

--Así te decían de niño, ¿qué no’

---Así me decía mi chingada madre, pero aborrezco el apodo, no lo soporté nunca, menos ahora.

--Perdón Chato.

--Me vuelves a decir Chato —tronó Elizondo—y aquí mismo te rompo la madre.

También se había levantado Carvajal, despertando de la peda, y encrespado como su amigo, agarró de la mesa el enorme cuchillo embarrado de pastel y se lanzó contra mi:

--¡Y yo te encajo esto en la panza, cabrón!

Hizo el impulso, pero Nacho me jaló del hombro hacia atrás, a tiempo. Estuve a punto de caer. Sostenido por él vi a la distancia a los dos amigos con los ojos inyectados, pelones, dispuestos a cualquier barbaridad.

Nacho intervino para calmar los ánimos:

--No pasa nada, no pasa nada. Tranquilos.

Nos fuimos de inmediato.

... la política y la cultura. El mundo de Octavio Paz era una sociedad como una auténtica fuente de transformación social.

Lejos de una actitud autocomplaciente, convocó a los hombres y mujeres de su tiempo para forjar un mejor país a partir de la crítica, única garantía para el movimiento hacia el progreso.

Como un creyente convencido en la modernidad, Octavio Paz nunca renunció a que como sociedad hiciéramos propia las virtudes y los ideales de la razón como máximo imperativo, cultivada desde Europa a lo largo de siglos, y que desde su perspectiva “nos hacía falta para lograr un mejor país.

“Convocaba a hacia los valores de la democracia, hacia la libertad y la igualdad, en cualquier parte del mundo. En más de un sentido, fue un hombre para la humanidad”, aseguró.

Años después, cuando Salvador me invitó como asesor al Centro mexicano de escritores, junto con él y Juan Rulfo, el Chato Elizondo ya no recordaba el incidente”.

La comida efectuada en esa fecha que pudo ser infausta para las letras mexicanas la había organizado Elizondo en honor del editor Joaquín Diez Canedo, propietario de Joaquín Mortiz, la casa que había publicado la obra de Leñero y Elizondo. Ambos se trataron por primera vez en el mencionado Centro mexicano de escritores, cuando junto con Juan García Ponce eran becarios y cruzaban críticas entre sí. García Ponce y Elizondo “me asediaban con sus críticas por mi devoción al nouveau roman, pero yo les reviraba la agresión cuando les tocaba leer...A Salvador Elizondo, en su turno, le hacía ver los contagios de su Farabeuf, en proceso, con las fórmulas de El año pasado en Marienbad de Renais, cuyo guionista era nada menos que Alain Robbe-Grillet, el profeta del nouveau roman. Se enfurecía también. Nos enfurecíamos los tres en distintos momentos pero ahí la llevábamos. No éramos amigos, pero terminamos estimándonos de verdad. Al grado de que Salvador Elizondo me invitó con Solares a su personal homenaje a Diez-Canedo”.

Pero se les hizo tarde, en “La edad de oro, aquel cabaret de Óscar Chávez donde esa noche bebimos más tragos de lo recomendable”. No podemos llegar así, sugirió Solares. “Pero yo insistí: es mi cuate, dije”. Y pasó lo que pasó

... durante muchos años o por la falta conciencia e intención de quienes lo cometen, deja de atentar contra la salud pública. La labor de legislar va unida a la necesidad de educar, de formar ciudadanía. Todos debemos aprender a coexistir ejerciendo plenamente nuestros derechos al tiempo que respetamos y hacemos respetar los de los demás. Por ello, la ley debe ir acompañada de una campaña intensa de información y buscar formas que en las escuelas, y en el seno de las familias, se transmita el valor del respeto por el otro, por el semejante que es también distinto. Ese es el gran reto cultural de la democracia y cada paso que demos hacia esa dirección es importante.

Compañeras y compañeros:

El hombre libre debe respetar a su comunidad porque en ella es donde se desenvuelve, donde busca realizarse y cumplir sus objetivos, donde vive y convive. Y eso sólo puede traducirse en una relación de iguales con seres de carne y hueso, de nombre y apellido propios, de gustos diversos e ideologías distintas, de hombres y mujeres que comparten algunos de sus problemas, algunos de sus pensamientos, algunos de sus deseos, algunos de sus intereses. Somos iguales y diferentes, nos identificamos y nos diferenciamos. Queremos no perdernos en la masa y mostrar nuestro rostro, nuestro pensamiento, nuestra voz propias; pero eso que queremos debe ser posible también para otros que lo quieran. Y sin ninguna reminiscencia religiosa, también afirmemos que no debemos hacer a otros lo que no queremos que nos hagan. Sólo es posible anhelar la convivencia armónica si estamos dispuestos a la reciprocidad, base elemental de una sociedad con equidad. Si damos respeto podemos exigir lo mismo. Pues de eso se trata, de hacer compatibles derechos y libertades en una sociedad diversa para que en la Ciudad de México se respire respeto. Gracias